



El dulce vicio de escribir



Alfonso Reyes (1889-1959). Maestro indiscutible de generaciones de escritores e intelectuales y autor de obras tan importantes como *Visión de Anáhuac* (1917), *Simpatías y diferencias* (1921), *La experiencia literaria* (1942), entre muchas otras, mantuvo, a lo largo de su vida, una nutrida correspondencia con personalidades del mundo artístico e intelectual. Así, entre sus destinatarios figuran los cubanos José María Chacón y Calvo, Jorge Mañach y José Antonio Ramos, además del dominicano Max Henríquez Ureña. Precisamente a él va dirigida la carta abierta que reproducimos aquí, como muestra de la genialidad, la maestría profesional y la sensibilidad del extraordinario polígrafo mexicano

México, D. F., julio de 1950

Carta abierta a Max Henríquez Ureña

Max muy querido:

Los gratisimos recuerdos de nuestro reciente encuentro en Nueva York, tu preciosa casita, ya acariciada por el jardín naciente, la dulce fraternidad de tu Guarina: todo ello ha seguido vivo en nuestros corazones, y mi mujer y yo difícilmente olvidáramos tan felices instantes. Aún creo ver aquella graciosa miniatura doméstica a que has recudido tu retiro de varón prudente, escondida entre los orgullosos rascacielos de Forest Hill, y me figuro que vuestro huerto pronto comenzará a brindar sus frutos, cumpliendo así las promesas de la húmeda primavera.

He acabado una lectura atenta de tu bello libro antológico sobre Pedro. Tu prólogo tiene un valor único, no sólo por la curiosidad y riqueza de noticias, sino por el arte con que has acertado a pintar un cuadro de época y el interior de un hogar tan de nuestra tierra y, al mismo tiempo, tan ejemplar y decoroso ¡Ya lo quisieran para un domingo nuestros mejores novelistas!

Tu magistral sobriedad contiene una inmensa carga de emoción. Esas páginas valen tanto por lo que dices como por lo que callas. Y el trazo es tan firme, tan directo, que lo engaña a uno, y se queda uno creyendo que todo lo escribiste de un rasgo, sin percatarse de la maravilla que has hecho. Aparte de tus muchos libros excelentes, ya podías quedarte satisfecho si sólo esto hubieras escrito. ¡Qué lección para los que nos echan en cara los efectos del tropicalismo! ¡Y qué modelo de sencillez clásica en esta era de paladares estragados! No sé cómo te las arreglaste para dar esa visión tan nítida del ambiente sin un solo alarde extremoso, y para dibujar el retrato de Pedro a la vez que el tuyo, con esos roques indirectos del diálogo cuyo secreto has descubierto por tu propia cuenta.

La evocación de las nobles figuras familiares se queda en la conciencia del lector: tu padre don Francisco, hombre sabio e ilustre repúblico; tu madre doña Salomé, nobilísima mujer y poetisa a quien Pedro y tú me enseñasteis a venerar. Tu tío, el encantador maestro "Don FEDE", en quien Vasconcelos, que tuvo la suerte de tratarlo, me decía que se habían concentrado las últimas esencias de la cortesía y el señorío americanos; y tantos otros literatos y educadores de tu país entre los cuales ha discurrido tu infancia estudiosa. ¡Y esa portentosa infancia de Pedro comparable a la del niño Goethe, inclinado a vigilar las lecturas y los ejercicios escolares de sus hermanos menores. Y así tus páginas valen tanto por sí solas como por las personas que en ellas haces desfilar.

Yo, que sin duda padezco el mal hereditario del barroquismo mexicano, te he leído con envidia. ¡Qué pluma adulta, qué estilo despejado, qué tono seguro y elegante! Así escribían los griegos. Max, sin echar tierra a la cara de los lectores, y tan atentos a su objeto, que no parecían pensar nunca en que estaban escribiendo, sino viviendo otra vez lo que contaban, de cierta manera espectral. Cuando en nuestra América se decante el vino revuelto, se apreciara mejor lo que has hecho: breve obra perfecta donde se compenetrán las calidades éticas y estéticas. En suma, has sabido, como sin esfuerzo, ponerte a la altura de tu asunto. Aquí de la "difícil facilidad" y todo aquello de que nos habla tanto y tan pocas veces se nos muestra. Yo, que estoy en el secreto, que te leo—digamos— con malicia, adivino el sacrificio disimulado para alcanzar esa tersura, esa asepsia, esa saludable serenidad. Por lo mismo que tu prólogo está llamado a perdurar, me atrevo a sugerirte un breve retoque. Dices por ahí que, hacia 1920 y tantos, en la etapa de Vasconcelos, Pedro fundó la Escuela de Altos Estudios. No: la fundó Justo Sierra en 1910, al crear el nuevo régimen universitario. Lo que hay es que Pedro y Antonio Caso, nuestro Antonio también inolvidable, llamados por el Dr. Alfonso Pruneda acogidos luego por don Ezquiél Chávez—segundo y tercer directores de tal instituto respectivamente, pues el primero lo fue de don Porfirio Parra, que murió solitario y desoido entre "la gritería de trescientas ocas"—organizaron allí el programa original de estudios, secundariamente auxiliados por quien se honraba y se honra en haber sido el Benjamín de la tribu.

Y por cierto que la primer planta de profesores —a excepción de algún extranjero— desempeñaba sus funciones gratuitamente. Pues queríamos que la escuela —germen de la futura Facultad de Filosofía y Letras entre otras cosas— viviera sin costarle al Estado; pues por artificiales razones de presupuesto, la atacaba entonces la demagogia desenfundada de algunos ignaros, verdaderos criminales públicos, a cuyo sentir el pueblo mexicano no tenía derecho a la cultura superior porque andaba descalzo. ¡También solían andar descalzos Sócrates y sus discípulos, por los verdes platanares de Hise, inventando la filosofía moral! Me remito a las páginas de mi libro *Pasado inmediato* y otros ensayos, donde he referido estas historias.

Pero si algo especialmente me contenta y llena de orgullo es que me hayas asociado tan íntimamente contigo y con Pedro al resucitar tus memorias. Mañana, cuando la juventud busque vuestros libros y os invoque como ejemplos de las vocaciones orientadoras, habrá de tropezar, de paso, con mi nombre, y ésa será mi fama póstuma. Tú y yo, para entonces, amigo mío de todas las horas, habremos emigrado ya —como decían las inscripciones antiguas— "hacia el reino donde yacen los muchos".

Vale el me ama.

Alfonso Reyes.